

Isaac Penington (1616-1679), el hijo de un prominente líder parlamentario, ya había publicado cuando se hizo cuáquero en 1658 a la edad de cuarenta y dos años. Sufrió cinco encarcelamientos en Aylesbury y otro en Reading — un total de cinco años, a menudo en celdas insalubres, frías y húmedas que por poco le cuestan la vida. Se ocupó mucho en la escritura, y en faenas del alma, “retraído de espíritu y añorante, pidiendo a mi Dios que su vida pura brotara en pleno poder a una perfección más completa tanto en mí como en otros.” Sus escritos, aunque difusos, frecuentemente tienen una hermosura singular, y reflejan la profundidad de su experiencia y la ternura de su espíritu.

26

Yo he sido un varón de dolores y aflicción desde mi infancia sintiendo que me faltaba el Señor y añorando por Él, y separado por Él del amor, la naturaleza y el espíritu de este mundo, y vuelto en espíritu hacia Él casi desde que tengo memoria.

Dentro de este sentimiento de mi perdida condición busqué al Señor, leí las Escrituras, le puse guardia a mi propio corazón, clamé al Señor por lo que yo sentía que me faltaba, y bendecía su Nombre por lo que su misericordia había hecho por mí y por lo que me había concedido....

Pero mi alma no estaba satisfecha con lo que había encontrado, y claro que no podía estarlo, porque había más latir y más empuje en mi espíritu buscando un conocimiento más pleno, cierto y satisfactorio. Quería llegar hasta sentir, ver y deleitarme en Dios según lo habían atestiguado las Escrituras que se había sentido y gozado en tiempos pasados. Porque yo veía claramente las corrientes atascadas y una gran destitución¹ del poder, la vida y la gloria de la que antes se gozaba. No teníamos ni el espíritu, ni estábamos de la fe, ni vivíamos, ni caminábamos en Dios como ellos lo hacían. Ellos habían llegado al Monte de Sión y a la Jerusalén celestial, etc., de lo que nosotros apenas llegábamos a atisbar o conocer por lectura. Por eso yo veía que todo lo que hacíamos en religión era, en su mayor parte, meras palabras, comparado con lo que ellos habían sentido, poseído, y vivido.

¹ Romanos 3:23